

«Para la disposición ordenada y armoniosa, y para la constancia de los tipos orgánicos, lo mismo que para la existencia y permanencia de los tipos específicos, sólo hay una explicación plausible: y es, la existencia, en el seno de cada uno de los tipos específicos, de un *principio interno de estabilidad*, en virtud del cual todos los elementos y fuerzas de que disponen los seres, toman la dirección que reclaman la conservación y el desenvolvimiento del conjunto.» (1).

Tal es la razón última y metafísica que justifica plenamente la inducción de las leyes científicas: «la existencia en la naturaleza de un principio estable de *finalidad intrínseca*, que dispone y mantiene en el orden necesario para la realización del efecto total, los elementos y las operaciones que deben realizarle. Puesta la inclinación natural de los seres hacia un fin determinado, ese modo regular y constante de actividad se explica; en otras palabras, hay un fundamento para la inducción.» (2).

(1) Card. Mercier: *Orígenes de la Psicol. contemp.*, trad. cast., páginas 324-326.

(2) Mercier: *Logique*, p. 153. 2.ª ed. Louvain, 1897.

§ III.—Idea de realidad objetiva.—Percepción del mundo exterior

1.—Nada más sencillo, á primera vista, que el problema del conocimiento del mundo exterior; y sin embargo, á la vista analítica del psicólogo y del crítico aparece tan envuelto en nebulosidades, que podría preguntarse si no será uno de tantos enigmas que permanecerán eternamente ocultos á la razón humana. Para un pragmático, que sólo considera digno de ser estudiado el lado útil y práctico de las cosas, el problema carece de importancia, ó mejor dicho, no existe; que el mundo en que vivimos sea realidad ó ilusión, ¿qué importa?; que las cosas y las personas, todo este mundo que nos rodea y alimenta nuestro espíritu de representaciones, emociones y tendencias, tengan una realidad independiente fuera de nosotros como creemos, ó no sean más que ideas que erróneamente la naturaleza nos hace tomar por objetos; ¿qué más da? Nuestra vida psicológica no se desenvolvería de diferente manera, y tendría el mismo valor con la existencia real del mundo, ó con la simple creencia en su realidad. Para aquellos, en cambio, que tienen fe en el valor de la razón y creen que ésta se nos ha dado para algo más que como adorno inútil; para todos aquellos que armonizan y subordinan la vida práctica á la vida especulativa, y consideran al pensamiento como ley ordenadora que prescribe los fines y da algún sentido á la vida humana, el problema tiene gran trascendencia. Hasta hace poco más de una veintena de años, solamente había preocupado esta cuestión á los filósofos y psicólogos; hoy las más grandes figuras de la ciencia han tratado de estudiarla en sus relaciones con las ciencias objetivas. Hasta

aquí los científicos desdeñaban las especulaciones filosóficas, durmiendo tranquilamente sobre el dogmatismo vulgar acerca del conocimiento, que servía como postulado á toda su ciencia; no se habían dado cuenta del coeficiente subjetivo en las percepciones y en todos los procedimientos constructivos de la ciencia; los filósofos han despertado de su sueño dogmático á los científicos. Consecuencia de todo este movimiento general ha sido la invasión en las ciencias objetivas, del espíritu subjetivista y escéptico que predomina en el campo de la filosofía, la crítica ha puesto en tela de juicio los postulados fundamentales de las ciencias, sus principios y sus métodos, las conclusiones que parecían definitivas. El dogmatismo autoritario á que nos tenían acostumbrados ciertos sabios va pasando á la historia.

Las percepciones constituyen los datos iniciales, el punto de partida de toda ciencia real. ¿Y cuál es el valor de estas percepciones? Es indudable que en ellas hay un coeficiente subjetivo; pero, ¿hasta dónde llega? ¿O no será, quizá, toda la percepción subjetiva, y habremos de excluir todo elemento real? He aquí el problema, que, como se ve, interesa no sólo á la filosofía, sino á la base misma de las ciencias objetivas.

A los profanos en el análisis de las reconditeces psicológicas que encierra la vida humana, deben parecer soberanamente extrañas, verdaderos atentados contra el sentido común, ciertas soluciones hoy universalmente admitidas como moneda corriente, y que son tenidas y pasan entre los sabios como indiscutibles y definitivas. Según el sentido común y el testimonio inmediato de la conciencia de la que es expresión, nosotros percibimos realmente el mundo exterior, tenemos intuición de los objetos que nos rodean, conocemos la realidad porque se ofrece directamente á nosotros; para los pensadores modernos, los datos de la conciencia y del sentido común son ilusorios, el espíritu se halla encerrado en los límites subjetivos de la conciencia sin poder llegar á la realidad exterior á ella. En el supuesto

de que esta realidad existiera, no hay tangente posible entre lo subjetivo y lo objetivo, entre las representaciones de la conciencia y las cosas que falsamente suponemos representadas; sería para esto necesario, ó que la conciencia saliera fuera de sí y se transformara en modos de la naturaleza física, ó que ésta penetrara en la conciencia. La percepción directa ó intuición de los objetos que nos rodean, tal como aparece á la conciencia y al sentido común, es, pues, un contrasentido, una imposibilidad, un absurdo; nosotros construimos la realidad, no la percibimos; lo que llamamos mundo exterior, no es otra cosa que el conjunto de representaciones internas organizadas por el espíritu.

Descartes dividió la realidad en dos mundos incomunicables: el espíritu, simple, inextenso, y la materia, divisible y constituida esencialmente por la extensión; de entonces acá esta afirmación *a priori*, diversamente interpretada, ha constituido uno de los postulados fundamentales de la filosofía moderna. Comenzado por Berkeley, Hume, St. Mill y Kant, y terminando con W. James y Bergson, idealistas y positivistas (omitimos en esta numeración el materialismo objetivo, porque contiene la menor cantidad posible de filosofía y no merece tomarse en cuenta), todos coinciden en afirmar que el espíritu se halla encerrado fatalmente dentro de los límites de la conciencia; sus propios fenómenos son los únicos materiales de que dispone en su concepción del mundo, y, por consiguiente, *no le percibe* realmente, sino que *le construye* con formas de su propia conciencia.

2.—En el momento de escribir estas líneas, mi conciencia me atestigua invenciblemente la percepción inmediata y directa de la pluma que tengo entre los dedos, de la mesa en que me apoyo, de la silla en que estoy sentado y de cuantos objetos están en comunicación con mi cuerpo, siempre que me causen una sensación apreciable y concentre en ellos la atención; mi vista percibe igualmente algunos de los objetos anteriores y otros muchos distribuidos por la

habitación; me acerco á la ventana, y á mi vista aparece un horizonte vastísimo que se extiende en largas lejanías de la cuenca del Tajo, cortado (el horizonte), á la izquierda por la mole de El Escorial y á la derecha por un macizo montañoso de las estribaciones del Guadarrama. Según el testimonio de mi conciencia, lo que yo percibo no son las sensaciones que me producen todos estos objetos, sino estos mismos objetos que son causa de mis sensaciones; como que, á no ser por la reflexión y el análisis, jamás hubiera pensado que existieran en mí las imágenes de todas estas cosas. Entra mi vecino en la habitación, quien percibe los objetos, contempla el paisaje, lo mismo que yo, salvo las diferencias que en la percepción puedan introducir las condiciones subjetivas y particulares de funcionamiento sensorial, de atención, de asociación de recuerdos, etc.; pero siempre hay algo fundamental, idéntico en la percepción suya y en la mía, que no depende de condiciones subjetivas, sino de algo independiente de uno y otro. Un espectáculo presenciado por muchedumbre de personas, sugerirá á cada una variedad de estados psicológicos, afecciones, recuerdos, ideas, etc., distintos, según las condiciones particulares de cada individuo; pero en este fondo psicológico hay algo idéntico en todos, y es la creencia en la realidad de los mismos objetos percibidos.

Ahora bien; ¿en qué se fundan esta creencia común no sólo en la existencia de los objetos, sino la concordancia también general en la apreciación de los modos y las formas de las cosas; son las cosas mismas que, existiendo en la realidad, determinan en la conciencia de todos los individuos representaciones semejantes, ó será quizá la identidad de constitución psicológica la que produce en los individuos fenómenos idénticos? La variedad infinita de cualidades y formas que creemos percibir en el mundo que nos rodea, y sobre todo la existencia de este mundo como conjunto de cosas distintas de las sensaciones é ideas con que las percibimos, ¿tienen realidad fuera de nosotros, ó no serán, quizá,

más que formas subjetivas de nuestra conciencia, que ésta nos presenta con la ilusión de realidades? El sentimiento ó idea de exteriorización, el proyectar yo mi cuerpo en una parte limitada del espacio, y alrededor de mi cuerpo, en direcciones y á distancias determinadas, los objetos de mis sensaciones en porciones del mismo espacio, ¿procede de que tengo realmente un cuerpo que ocupa un espacio limitado, y de que, fuera de mi conciencia, hay objetos que han determinado en mis sensaciones las imágenes de los cuerpos que creo percibir alrededor de mí, de orientación, distancias, etcétera, ó es debido todo ello á una tendencia innata, á un sentimiento de objetivación que, naciendo en el interior, acompaña á ciertos fenómenos de conciencia, haciéndolos aparecer así como objetos ó cosas? En una palabra: ¿es la conciencia subjetiva la que por sí sola construye el mundo exterior, ó es el mundo exterior el que se ofrece, ya construido, á la conciencia, é impone á ésta sus formas?

Así presentada la cuestión en términos generales, y sin desconocer la parte importantísima que en toda percepción corresponde á elementos subjetivos, como que no dudamos en afirmar que en nuestras percepciones imaginamos incomparablemente más que lo que percibimos, creemos poder ponernos del lado del sentido común, sin temor á los anatemas de la filosofía moderna, que tiene la solución opuesta como postulado intangible. Ciertamente que no es cosa fácil, y añadiré ni siquiera posible ahora, ni quizá nunca, explicar el modo de comunicación de la conciencia con el mundo. Dubois Reymond le incluyó, no sin razón, entre sus siete enigmas del Universo, es pues necesario contentarse con explicaciones hipotéticas; pero la imposibilidad de explicar un hecho no autoriza para negarle. Y cuando se trata de hechos, y de un hecho tan íntimo y universal, se puede muy bien dejar á un lado ciertas metafísicas excesivamente nebulosas y sutiles con sus pretensas imposibilidades, para atenernos á él y aceptarle como se nos ofrece en la realidad.

Porque, en último término, no son los hechos, sino las críticas y sutilezas metafísicas el único fundamento de este subjetivismo, que ha concluido por destruir la realidad de los hechos. El mundo no es más que la causa *desconocida* de nuestras sensaciones, y los objetos que nos rodean son nuestras propias ideas. Antes de aparecer el hombre sobre la tierra, ó en la suposición que dejara de existir un solo instante, la tierra se convertiría en una obscuridad y silencio absolutos; los colores y los sonidos no hermosearían ya la naturaleza, porque están en nosotros, y somos nosotros los que creamos y damos esta belleza al universo; no habría espacio ni tiempo, también con nosotros desaparecerían, y por consiguiente ni movimientos, ni distancias, ni formas y figuras de los objetos; ya no habría profundidades en los mares, ni alturas en las montañas, ni ondulaciones en los valles; los astros dejarían de ser esas moles inmensas describiendo órbitas infinitas por el espacio: cuanto sabemos de todas estas cosas y las atribuimos es exclusivamente nuestro, ellas son en sí realmente desconocidas.

3.—Los sabios, interpretando no como científicos sino como metafísicos su ciencia de la naturaleza, han pretendido reducir ésta á movimientos; las sensaciones con que la percibimos, serían simples símbolos que no tendrían con los objetos representados razón alguna de semejanza. A la sensación de color responden en la realidad vibraciones transversales del éter, á las de calor vibraciones rotatorias, á los sonidos movimientos ondulados de la atmósfera, etc.; y así, á cada sensación cualitativa corresponden formas especiales de movimiento, sin semejanza posible entre una y otro; es decir, que percibimos en las sensaciones cualidades que no existen en la realidad, y no percibimos nada de lo que en ésta hay. Pero la extensión y el movimiento, como tales, no los percibimos, sino solamente como modalidades y limitación de las otras cualidades, y su percepción sería una sensación como las otras, y tan irreal como ellas. «El

movimiento, escribe Fouillée he ahí el gran ídolo de la ciencia, porque nunca pasará de ser un ídolo; se nos quiere forzar en vano á que le adoremos, como el mismo fondo de la realidad. Este es el Júpiter ó el Jehovah de la física. Más racional y más verdadera es la opinión que reduce, según el pensamiento de Kant, de Hamilton y de Spencer, los movimientos de fuera, lo mismo que las sensaciones de dentro, á simples símbolos de una realidad oculta y desconocida.» (1). ¿Qué resta entonces, si la realidad no la conocemos más que por las percepciones de sus cualidades, y éstas son apariencias subjetivas? No queda nada; este mundo real en que vivimos, sin exceptuar nuestro propio cuerpo, que forma parte integrante del mundo, en el supuesto de que exista, es enteramente desconocido para nosotros; para nosotros solamente existen nuestras ideas.

¿Que esto es una burla al sentido común y un atentado al sentimiento ineludible de nuestra conciencia? «No importa—son palabras de Taine—que el género humano se engañe ó no, que el mundo sea una cosa real ó apariencia vana; á la razón esto le es completamente indiferente. Lo que á la razón interesa únicamente es sacar cuanto pueda, con el análisis, del fondo del pozo á la luz, indiferente sobre lo que haya de salir, atenta únicamente á no soltar la cadena y á sacar el cubo bien lleno. Podrá restar algo á la certidumbre, quizá mucho, quizá todo, acaso nada; poco le importa.» ¿Y si la cadena no llega al fondo del pozo, afirmará que allí no hay nada, porque sale el cubo vacío? ¿Y da lo mismo sacar agua limpia y clara que barro y cieno?

No creemos que la inteligencia haya de poner siempre sobre su cabeza, como regla indiscutible de verdad, este fondo de bien pensar que llamamos sentido común; pero tampoco parece prudente no tenerle nunca en cuenta, y menos por sistema volverle siempre la espalda. Más prudente es sospechar que la razón, al encontrarse al fin de sus

(1) *L'avenir de la métaphysique*, pág. 153.

análisis frente al sentido común y al testimonio íntimo de la conciencia, ha equivocado el camino. Zenón se empeñaba en demostrar por el análisis de la razón la imposibilidad del movimiento, y por toda contestación su interlocutor echó á andar. Si á la razón humana se le hubiera encomendado la construcción del sér más insignificante del universo, probablemente lo hubiera encontrado imposible y absurdo.

El historiador de Tomás Reid (1) nos cuenta que este filósofo, después de haber admitido con sus contemporáneos que el espíritu no percibe más que sus propias afecciones, había sido lógicamente conducido por los razonamientos de Berkeley á rechazar la existencia del mundo exterior. Al principio aceptó, convencido y con entusiasmo, estas ideas extrañas, aunque le costase no poco hacerse á la idea de considerar como puras representaciones del espíritu el sol, la luna y las estrellas, las montañas y los valles, los ríos y los mares, las campiñas fértiles, y toda esta hermosa y admirable armonía de los seres que componen el universo, donde se lee con caracteres visibles el pensamiento de una inteligencia infinita. Pero cuando la misma lógica le obligó á pensar que los objetos de su cariño, su padre y su madre, su mujer y sus hijos, no eran tampoco más que simples ideas, ilusiones sin realidad, su naturaleza se resistió y no pudo avenirse á admitir esta consecuencia. Y, dando al traste con sus ideas, pensó cuerdamente que un principio que conducía á consecuencias tan absurdas debía ser absurdo en sí mismo; y entonces, á nombre del grito de la naturaleza y del buen sentido del género humano, volvió la consecuencia contra el principio (2).

(1) Dugald-Stewart. Cit. por. A. Farges: *L'objectivité de la perception des sens externes*, 5.ª ed., 1908, pág. 80.

(2) Hume, este gran escéptico, inspirador de Kant, y uno de los que más han contribuido al desarreglo mental de los pensadores contemporáneos, se compara, al fin de su *Tratado de la Naturaleza humana*, á un hombre que se ha metido en grandes escollos, viendo

4.—Tenemos la firme persuasión de que el subjetivismo contemporáneo vive hoy á expensas de prejuicios metafísicos que le impiden darse cuenta de los hechos de la realidad viviente; y las sutilezas críticas, cuando se apartan de esta realidad, suelen conducir á sofismas monstruosos. De Descartes acá, y sobre todo desde Hume y Kant, la filosofía contemporánea establece como postulado *a priori* la imposibilidad de comunicar la conciencia con la realidad de los objetos fuera de ella. La percepción directa del mundo exterior se considera hoy como una imposibilidad, un absurdo; poner en tela de juicio esta cuestión, que se supone definitivamente resuelta, sería indigno de un pensador que se

«su barca maltrecha y haciendo agua», «habiéndose librado con gran pena de naufragar». El quisiera reparar el desorden de sus facultades y salir de los errores pasados. «Y la imposibilidad, dice, de reformar ó de corregir estas facultades me lleva á las puertas de la desesperación, y me inspira la resolución de estrellarme y perecer sobre la roca árida, frente á la cual me encuentro.» Hume se esfuerza ya inútilmente por rectificar la naturaleza y las facultades humanas; es víctima de las violencias hechas á la conciencia. Dominado por la melancolía y el *spleen*, «siento escalofríos, dice, y me espanto de este desierto y de esta soledad en que me encuentro colocado por mi filosofía; me considero á mí mismo como una especie de monstruo raro y extraño, que, incapaz de entrar en sociedad con los hombres, ha sido echado del comercio con los demás, y se ve desolado en el más completo abandono. De buen grado me lanzaría en medio de la turba para buscar abrigo en ella y confortar mi espíritu; pero no puedo mezclarme con ella á causa de esta mi deformidad. Llamo á otros para unirse á mí y formar sociedad aparte, y nadie me comprende». Pero si la razón es impotente para disipar las nubes de su espíritu, «la naturaleza por sí sola puede hacerlo»; «ella me cura, dice él, de esta melancolía filosófica y de este delirio, sea interponiendo un compás de espera, sea por medio de algún llamamiento de mis sentidos ó de alguna impresión viva, que hacen desaparecer todas estas quimeras. Yo como, juego algunos ratos, charlo y me divierto con mis amigos; y cuando después de tres ó cuatro horas de esparcimiento trato de volver á mis especulaciones, me parecen tan frías, tan forzadas y ridículas, que no tengo ánimo para ocuparme en ellas de nuevo». Cfr. E. Peillaube: *Théorie des concepts*.

tuviera en algo (1). ¿Pero entonces, de dónde viene y cómo se explica este hecho, el sentimiento ó conciencia de exterioridad del mundo?

Para el subjetivismo este hecho no tiene explicación; es una tendencia instintiva y necesaria de nuestras facultades, pero ilusoria y falsa, porque es imposible. ¿Pero

(1) Ante el tono dogmático y autoritario de que suelen revestirse los idealistas y su indiferencia desdenosa por las doctrinas que no son las suyas, se hace casi necesario preguntar: ¿se permite opinar? Examinando atentamente la psicología de la gran masa que militan en el subjetivismo, no sería difícil llegar á la conclusión de que los motivos principales de sus aserciones estriban en el criterio de autoridad, tratando de hacer valer este título para imponerlas á los demás.—Los percepcionistas, repiten, forman en el mundo de los filósofos un grupo bien reducido: Aristóteles, los escolásticos y una docena de autores más sin importancia. ¿Qué vale toda esta filosofía vieja, ante Descartes, Hume, Kant y toda la filosofía contemporánea?—Recuerdo estas frases de Fonsegrive á propósito de otra cuestión análoga: «Es una puerilidad, decía, poner como argumento contra una filosofía, el seguir la opinión de Aristóteles ó de los antiguos, y no la de Bacon y los modernos. Antiguos, modernos; ¿qué quiere decir esto? Aristóteles, Bacon; ¿qué autoridades son estas? Si nadie está ya obligado á seguir á Aristóteles, ¿por qué se ha de forzar á nadie á seguir á Bacon? Y si los antiguos no deben ser ya reverenciados, ¿por qué doblar las rodillas ante los modernos, que, para cuantos pensamos en el momento actual, no son tampoco ya más que antiguallas?» ¡Se pone como razón el número, la opinión general! Pero la razón del número es la de aquellos que han abdicado la suya propia, y esto es más extraño en quienes alardean de desentenderse del sentido común. Aparte de que esa opinión que se dice general es realmente la de un número reducido, los demás son simple eco de repetición, cuyo valor positivo es cero. No han advertido los que así invocan la opinión general, que la mayor parte de los progresos del espíritu humano han consistido precisamente en el rompimiento con esa opinión. La razón de autoridad y del número, si tiene algún valor en filosofía, es el último argumento; aunque para el vulgo, que también la filosofía y la ciencia tienen su vulgo, suele ser el primero, á veces el único. Y es que, á pesar de las apariencias de individualismo independiente, el pensamiento moderno vive hoy, es necesario reconocerlo, del culto á los ídolos.

entonces, la naturaleza nos habrá dotado de instrumentos esencialmente erróneos, de facultades cuyo solo fin es tenernos en necesario y perpetuo engaño? Indudablemente; para el subjetivismo las facultades son nada más que medios de producir ilusiones. La solución, como se ve, consiste en dar un corte al problema; no será la más científica, pero el procedimiento más cómodo de resolver un problema es indudablemente suprimirlo. El mundo exterior es en la totalidad de sus formas construcción del espíritu; éste crea el espacio y el tiempo, ó sea las formas extensivas de los cuerpos y sus movimientos; crea los colores y los sonidos y todas las propiedades que creemos percibir y atribuimos falsamente á las cosas; y por una ley subjetiva proyecta fuera de sí todos estos fenómenos, que aparecen á la conciencia como objetos con existencia independiente.

Sin que aceptemos el realismo integral de las percepciones, tal como aparece á la conciencia y al sentido común, en los cuales hay que reconocer una gran parte de ilusión, es lo cierto que el espíritu, como el artista, no crea nada absolutamente nuevo, ni puede hacer otra cosa que elaborar materiales, dar formas nuevas á los elementos que ha recibido de las percepciones; toda construcción mental, lo mismo en el sueño y en la locura que en el estado normal, está necesariamente elaborada con materiales cuyo origen se prolonga hasta una percepción real; y esta demostración está fundada en los hechos, en todos los hechos de experiencia psicológica, y contra las razones de hecho las pretensas imposibilidades metafísicas son las verdaderas ilusiones.

He aquí cómo resume Rabier, siguiendo á Taine, las razones en favor de la imposibilidad de la percepción del mundo exterior: «Esta teoría, dice, es contradictoria en los términos: en efecto, quien dice percepción dice conciencia, porque si una percepción no es un hecho de conciencia, permanece ignorada de nosotros, es como si no fuera, realmente no es percepción. Luego la percepción y la conciencia

cia se identifican. Ahora bien, quien dice conciencia dice conocimiento de lo que está en nosotros. Luego es contradictorio pretender conocer en la percepción alguna cosa exterior. Decir que hay una percepción ó conciencia posibles de objetos exteriores, es admitir una de dos cosas: ó que la conciencia sale del yo y penetra en los objetos ó que los objetos penetran en la conciencia. Las dos hipótesis son absurdas, porque los seres son impenetrables... Para llegar á ser objeto de pensamiento es necesario que la materia se espiritualice de algún modo y se haga pensamiento. Estas consideraciones generales, termina, permiten descartar sin dificultad todas las formas de percepcionismo.» (1).

En el fondo, todo este aparato dialéctico no es más que la repetición del postulado *a priori* de la imposibilidad de comunicar la conciencia con la realidad. «Quien dice percepción, dice conciencia»; ¿qué significa esto? ¿Que la percepción es una función psicológica, y como tal un hecho de conciencia? Ciertamente. Pero que la percepción exterior sea un hecho puro de conciencia, producido exclusivamente por la actividad interior, de tal modo que no esté determinado por una realidad distinta de ella misma; ó en menos palabras, el término de la percepción ¿son las sensaciones internas ó los fenómenos de conciencia? Esto es lo que, apoyados en la experiencia, negamos en absoluto. Cuando yo contemplo la salida del sol por el horizonte, no percibo mis imágenes conscientes del sol y del horizonte, sino el sol y el horizonte exteriores y reales que han determinado en mí la percepción. La conciencia espontánea es anterior á la conciencia reflexiva, ó lo que es lo mismo, para yo percibir el sol y el horizonte como formas representativas de mi conciencia, es necesario que antes haya precedido su percepción como objetos exteriores. La conciencia espontánea—y es casi la única de que hace uso la humanidad, porque la reflexiva es propia de algunos seres privilegiados, y

(1) *Psychologie*, pág. 408.

esto en algunos momentos solamente de su vida—, se termina siempre en los objetos exteriores, se produce en función no sólo del sujeto, sino también del objeto; á la vez que aparece como acto del sujeto, es representación de una realidad opuesta á él. Como dice Spencer, uno de los pocos pensadores no subyugados por el prejuicio subjetivista, la conciencia del no yo, del mundo exterior, es anterior á la del yo; esta segunda exige como condición la primera (1).

«Decir que hay una percepción ó conciencia posibles de objetos exteriores, es admitir: ó que la conciencia sale del yo y penetra en los objetos, ó que los objetos penetran en la conciencia.» Nadie, entre los defensores del percepcionismo, ni el sentido común, admite tales despropósitos; ni arguye gran probidad científica el presentar contra una doctrina consecuencias que ella está muy lejos de admitir. Por lo demás, la consecuencia no hace mucho favor á la inteligencia de su autor. ¿Acaso no hay otros modos de comunicarse las cosas que por compenetración? Aquí, como en todas las cuestiones, la vaguedad é imprecisión de los términos suelen ser causa de sofismas. «Los seres son impenetrables»; esto, ó no significa nada, ó es un gran despropósito. ¿No es ley universal del mundo material la acción y reacción constantes de los seres que le componen, de tal modo que en algún sentido puede admitirse que todo está relacionado con todo? ¿Y en el mundo psicológico no hay verdadera compenetración de todas las actividades en la conciencia, de modo que la ley fundamental pudiera decirse que es aquí el estar *todo en todo* de los estados psicológicos?

Establecer como postulado la imposibilidad de percibir directamente el mundo exterior es condenarse irremediabilmente á no poder salir de la conciencia, es decir al *solipsismo*. Ni siquiera sabríamos que pudieran existir otras

(1) Cfr. H. Dehove: *Sur la perception exterior*. *Rev. de Phil.*, año 1907, págs. 86 y sig.

conciencias semejantes á la nuestra, porque siendo como son éstas incomunicables directamente si no es por medios físicos, se ignorarían aquéllas eternamente, cada conciencia existiría para sí sola, y ninguna para las demás.

Queda, es verdad, la ilusión de poder salir de este callejón cerrado por medio del discurso. No podemos percibir el mundo, pero podemos concebirle. Y yo pregunto: ¿los conceptos de la inteligencia y las asociaciones de la imaginación, no son también y con más razón que las percepciones, fenómenos de conciencia? Los conceptos están formados además con materiales de las percepciones; la inteligencia no puede pensar nada ni elaborar concepto alguno cuyos elementos no hayan sido dados en las percepciones; éstas son la tangente, el único medio de comunicación posible con la realidad; y si éstas no comunican realmente con las cosas, ¿qué relación pueden tener los conceptos y representaciones imaginarias con el mundo que nos rodea? Porque la inteligencia con sus conceptos y la imaginación con sus recuerdos, y toda la conciencia con sus representaciones, viven de las percepciones, éstas son el elemento primario y necesario, y por éstas se asimila el espíritu las acciones de los objetos exteriores. No se construye un edificio sin materiales, y las percepciones son los materiales que emplea la inteligencia en la construcción del mundo; si aquellas percepciones son ilusorias, todo el edificio mental es una ilusión.

En suma, el subjetivismo deja sin explicación, ó mejor dicho, niega el hecho fundamental de las percepciones, el carácter de *objetividad* y de *exterioridad*: la palabra ilusión es la explicación del que no tiene ninguna que dar. ¿Cómo se explica que los objetos de la percepción aparezcan á la conciencia y al sentido común, no como afecciones subjetivas, sino como objetos que se sitúan frente á la actividad de la conciencia y en oposición con ella? Porque es natural que, si realmente fueran fenómenos puramente subjetivos de nuestra sensibilidad, aparecieran como tales y no como cosas reales. ¿Cómo se verifica esa transposición mágica de

aparecer lo que es creación y modo de la conciencia como formas representativas de objetos existentes fuera de ella?

Suele decirse que en todo error hay algún fondo de verdad; el error suele apoderarse de las inteligencias merced á la verdad con que se halla mezclado. La lógica señala además como una de las fuentes más fecunda en errores el generalizar demasiado; y el subjetivismo, fundándose en que los elementos subjetivos é imaginarios intervienen en las percepciones, ha sacado la conclusión de que todo en ellas es ilusorio. Reconocemos de buen grado que las percepciones, tal como aparecen á la conciencia, son obra en gran parte, quizá en su mayor parte, de la actividad imaginaria; pero con sólo elementos imaginarios no se puede construir una percepción real. Entre los múltiples elementos subjetivos hay siempre uno objetivo, real, que no depende de la actividad exclusiva de la conciencia. El percepcionismo del sentido común es verdadero, pero en parte solamente, y la teoría ilusionista tiene también su parte de verdad. El mundo es construcción de nuestro espíritu, pero con materiales tomados de la realidad.

5.—Hemos de advertir para fijar bien los límites de la cuestión, que aquí solamente nos ocuparemos en el aspecto psicológico del problema; el punto de vista crítico ó metafísico, aunque relacionado con el anterior y quizá dependiente en último término de él, no nos interesa. Y el problema psicológico, considerado en toda su generalidad puede formularse así: ¿cómo llega nuestro espíritu á adquirir la idea de mundo exterior?; es decir: ¿cuál es el fundamento de nuestros juicios acerca de la existencia exterior, real é independientemente de los objetos de nuestras percepciones? Y aquí en el mundo exterior va comprendido también nuestro propio cuerpo, que forma parte integrante de él.

Todas las soluciones pueden reducirse á dos: ó bien se admite que por medio de la sensación el espíritu comunica